

## Significacion del concepto de desarrollo

Gallego Gredilla J. A.

Agriculture et développement

Paris : CIHEAM  
Options Méditerranéennes; n. 8

1971  
pages 30

Article available on line / Article disponible en ligne à l'adresse :

<http://om.ciheam.org/article.php?IDPDF=CI010391>

To cite this article / Pour citer cet article

Gallego Gredilla J.A. **Significacion del concepto de desarrollo**. *Agriculture et développement*. Paris : CIHEAM, 1971. p. 30 (Options Méditerranéennes; n. 8)



<http://www.ciheam.org/>  
<http://om.ciheam.org/>

José A. GALLEGO GREDILLA

# Significación del concepto de desarrollo

Si enfocamos la realidad que nos circunda con un trasfondo de humor sereno, no podremos por menos de negar que es auténticamente divertido el cambio de significación que tiene una misma palabra cuando es utilizada por personas diferentes. Este cambio de significación no sólo es fruto de las propias características del lenguaje que utilizemos sino del substratum humano de la persona que lo emplea.

El paso de la experiencia íntima y personal al mundo exterior y social lo hacemos los hombres de todas las latitudes a través del lenguaje. La construcción y notas distintivas de éste influyen en nuestra forma de razonar canalizando por vías específicas estos pensamientos y experiencias. Aquel que haya intentado traducir algún libro o artículo conoce bien las valoraciones subjetivas que están insertas en las palabras de un idioma determinado y que cambian de sentido si se las traduce textualmente expresando cosas no pretendidas por el autor original. El significado de comprensión real de una palabra, sea esta «desarrollo» o cualquier otra, suele incluir muchos más factores que el teórico existiendo una especie de ley Gresham de las palabras. El ser humano, al nacer en un determinado país o época, recibe en el lenguaje muchas de las vigencias existentes en el mismo y el desarrollo social de la experiencia en el lenguaje específico llega a condicionar las expresiones personales de una forma ajena a la propia voluntad.

En el campo profesional la situación es aún más clara. Toda ciencia está obligada a formar una terminología propia para facilitar la comunicabilidad y el sentido exacto de lo que cada palabra significa entre los cultivadores de dicha ciencia. En economía esta terminología científica es aún más difícil de establecer por cuanto sus conceptos forman parte de la vida social. Los economistas toman sus palabras del mundo real y tratan de purificarlas, de desposeerlas de sus caracteres emocionales e intuitivos en orden a formar unos conceptos neutros y científicos. Palabras como «racionalidad», «desarrollo» etc. no son solo palabras utilizadas por el hombre de la calle sino también terminos de un idioma científico. Como Sweezy recalca y critica (1), los economistas toman sus vocablos del lenguaje vulgar, los depu-

ran de su contenido y significación humana y hacen de ellos unos arquetipos o categorías universales en vez de categorías particulares adecuadas a las formas históricas concretas.

Es así que la palabra «desarrollo» es altamente ambigua. Para el economista tal palabra viene a significar el crecimiento del PNB. Si nos adentramos aún más, veremos que entiende por desarrollo económico el crecimiento del valor monetario de la cantidad de bienes y servicios susceptibles de evaluación pecuniaria que son producidos por una determinada sociedad en un período de tiempo dado. Definido así el término desarrollo económico se puede observar las limitaciones del mismo por cuanto no entran a formar parte del mismo todo un conjunto de bienes y servicios básicos al no ser objeto —o no poder ser objeto— de evaluación pecuniaria. Nos referimos no solo al clásico ejemplo del trabajo del ama de casa sino, sobre todo, al moderno concepto del medio ambiente, es decir, a los fenómenos de la contaminación y coste social que trae el desarrollo y la no inclusión de bienes ambientales y públicos tales como el aire, el agua, la belleza o el paisaje dentro de lo que muchos economistas entienden por desarrollo económico.

La idea anterior de desarrollo es la que, con ciertas cualificaciones persiste en el lenguaje vulgar de los hombres. Estos asimilan hoy dicho concepto a la idea del consumismo. Para muchos el desarrollo económico implica —al exacerbar el término antes definido— tener más coches, más televisores, más electrodomésticos, más grandes ciudades, más altos rascacielos, etc. El desarrollo pasa así a convertirse en el crecimiento del bienestar cuantitativo. Es la idea de tener más, frente al ser más. Es la idea del máximo en vez de la del óptimo.

Al igual que esta idea está en trance de profunda revisión en gran parte de los países más industrializados, —que fueron los que la configuraron y dieron vida,— en los países subdesarrollados o en vías de desarrollo es la idea, la vigencia de más actualidad. El desarrollo se ha convertido en un objetivo político más que en un objetivo económico. Podíamos decir que la ideología del desarrollo ha venido a sustituir a las ideologías metafísicas del pasado siglo. Todo partido político y todos los líderes de los países en subdesarrollo

(1) Ver la Introducción de *The Theory of Capitalist Development*. New York: Monthly Review Press, 1956.

tienen en la palabra desarrollo la idea-fuerza de su persistencia en el poder. Las declaraciones de principios van siendo sustituidas por medidas de política económica y, en gran número de casos, son sustituidas por Planes de Desarrollo que se convierte no ya en documentos económicos realizados por planificadores técnicos sino en documentos políticos de primera clase. Más que una palabra, el desarrollo se convierte en una idea-fuerza cargada de sentido emotivo y con todo un cúmulo de sentimientos de avance incluidos en la misma. El desarrollo, para estos países, es el resumen de todo «lo bueno» que puede contener el futuro.

No es extraño que la literatura económica y social se haya cargado desde fines de la II Guerra Mundial de recomendaciones, de teorías, de modelos de desarrollo, que si bien nacidos en los países más industrializados —reconstrucción tras la guerra— se fué extendiendo en amplitud llegando, a fines de la década, a los países hasta entonces llamados «atrasados». El cambio de terminología de países pobres o atrasados por el de países subdesarrollados o en vías de desarrollo no hacía sino recalcar, como subrayó Myrdal, este ansia de obtención del objetivo n° 1. Los éxitos conseguidos por la planificación de la guerra parecían hacer posible su consecución.

No existe una Teoría Económica General independiente del marco espacio-temporal. Toda teoría, todo modelo económico debe ir respaldado y apoyado por un conjunto de normas, usos, costumbres, juicios de valor y, —en una palabra y siguiendo la terminología vebleniana,— instituciones que la respaldan. El carácter contingente de toda ciencia social y, en especial, de la económica, se revela, en el caso del desarrollo con toda su intensidad. La Ciencia Económica trabaja siempre bajo unos determinados supuestos o asunciones, unos determinados postulados sobre la conducta del hombre. Toda teoría económica parte de una serie de supuestos sobre la realidad, y de aquí que distintas circunstancias, distintos postulados, distintas realidades, exijan una teoría o un modelo a aplicar diferente. Las distintas instituciones, vigencias sociales, tradiciones y costumbres de un país exigen modelos de desarrollo diferentes a los requeridos por otros países con un aparato cultural diferente. El modelo de desarrollo que tuvo éxito en un país del occidente europeo puede ser totalmente inaplicable en un país africano o asiático. Toda imitación teórica exige como mínimo una adaptabilidad a las características específicas del país concreto que imita o copia.

Los modelos de desarrollo capitalistas o socialistas parten, de forma implícita, de una serie de postulados de la conducta humana. Para los clásicos el hombre actúa de una forma «racional», con una «racionalidad» económica entendida como regularidad en las actuaciones. Tal regularidad estaba dirigida hacia la obtención del máximo beneficio o, con los marginalistas, a la máxima utilidad. De hecho el principio de que el hombre actúa racionalmente buscando un máximo de utilidad, de que el hombre ordena sus preferencias atendiendo

a su máxima satisfacción, ha sido el postulado básico de la Ciencia Económica. Para los clásicos y autores capitalistas tal racionalidad se ejerce dentro de un mercado de libre competencia en el cual los precios son los guías de acción o valores supremos que determinan la ordenación de preferencias de los sujetos económicos. Los precios del mercado juegan así el papel de los valores éticos de la conducta humana desde el punto de vista filosófico, siendo la norma suprema la obtención del máximo beneficio monetario.

La anterior digresión puede ayudarnos para comprender que la teoría económica ortodoxa es solo aplicable cuando existe el complejo institucional capitalista. Conductas que no basen su actuación en la búsqueda del máximo beneficio son, por lo tanto, irracionales. El hombre está así «obligado» a seguir una conducta específica si quiere ser racional. La teoría ortodoxa es así profundamente normativa. Reconocer en el hombre la noción de libertad implicaba el derrumbamiento del modelo mecánico construido y aceptar la imposibilidad de efectuar predicciones. Se crea así un hombre económico, un hombre ideal y se pretende que ese hombre actúe en el mundo real. Naturalmente, en una sociedad capitalista es posible que exista tal hombre y que los postulados coincidan con la realidad, pero hay muchas sociedades y muchos sistemas económicos en los que la «racionalidad» antes definida no se cumple. Existen sociedades en que «lo racional» es comportarse de acuerdo con las tradiciones, los usos y las costumbres heredadas de siglos. Existen sociedades en las que no existe un mercado y todo se dedica el autoconsumo. Existen sociedades en las que no está vigente la economía monetaria y el dinero no tiene la extensión y la aceptabilidad de los países capitalistas.

La teoría de los sistemas económicos ha hecho hincapié en estas condiciones de pase y de partida. Existen o han existido sistemas económicos campesinos (1), capitalistas, socialistas, etc. en los cuales la palabra desarrollo tiene significaciones y sentido diferentes. A pesar de ello existe una amplia corriente de opinión, una amplia literatura que al insistir en que el desarrollo es similar al crecimiento del PNB, exige que cumplan los postulados anteriores, exige una economía monetaria en que esté vigente la institución dinero, exige un comportamiento específico etc. y el desarrollo se define como la inyección de dosis crecientes de racionalidad en el sistema económico.

La condición previa para un desarrollo rápido y continuado en países atrasados o con una gran dosis de agricultura campesina o de subsistencia es por lo tanto, la transformación mental de la población, el cambio de valores de la misma. En realidad éstas sociedades son demasiado ricas en personalidades, dema-

(1) Ver A. J. CHAJANOV: *The Theory of Peasant Economy*. Editado por Thorner, Kerblay y Smith. Homewood, Illinois: The American Economic Association. Richard and Irwin, 1966.

WHARTON, C. R. (Edit.): *Subsistence Agriculture and Economic Development*. Chicago: Aldive Publishing House. 1969.



siado específicas, demasiado concretas. Para el desarrollo lo que se necesita es uniformización, es igualdad, es gran masa. Sólo esta nivelación permite la producción en serie, las economías de escala y, en definitiva la aplicación de las técnicas de Henry Ford.

No parece por ello extraño que muchos economistas y sociólogos hayan recalcado el papel del efecto demostración. De todo aquello que sea imitar, que sea subir, que sea configurarse con otras personas y, en muchos casos, identificarse con las mismas. La uniformización de la cultura y el logro de un «hombre nuevo» exige toda una serie de medios y herramientas semejantes al efecto demostración. Ejemplo de las mismas son la propaganda, la publicidad, el cine, los periódicos, etc. Lógicamente su consecución es tanto más fácil en los grandes centros urbanos —a través del incremento de relaciones y contactos sociales que estos implican— que en las áreas rurales. Los campesinos y agricultores con el caballo de batalla de este proceso dado que su transformación mental no puede realizarse a través de la educación informal típica de las ciudades sino casi directamente. Las características de la producción agraria y la misma estructura espacial —que limita los contactos humanos— de las explotaciones provocan que sean ellos los últimos que conserven la raigambre del pasado y la tradición heredada. Los campesinos son así seres marginados de la sociedad, seres diferentes, seres con ideas, juicios de valor y formas de actuar distintas a las de la sociedad urbana. Solo cuando los valores de ésta última sociedad hayan triunfado plenamente sobre los de la sociedad rural es cuando ésta consigue elevar su nivel de vida.

Este proceso es perfectamente visible comparando un país industrializado y otro subdesarrollado o, incluso un mismo país en períodos diferentes de su historia. Las formas de actuar y de pensar son diferentes. Las canciones, las costumbres, las ciudades, las actitudes y deseos son también diferentes. El avance del bienestar material va produciendo un cambio cualitativo de la población y este cambio cualitativo es, a la vez, motor del crecimiento. Ya no es posible con el desarrollo y el crecimiento de la renta la tranquilidad, el sosiego, la paz. Ya no es posible la pereza, la contemplación y el dejar hacer. Ya no es posible el disfrute sereno de la vida. Es necesario el cumplimiento de lo previsto, el ajuste a los horarios, el incrementar las ventas, el seguir las oscilaciones de los precios, el aumentar los rendimientos, renovar el equipo, trabajar más o más..., son las prisas continuas, el vivir con la lengua fuera y una congoja continua por hacer y hacer, por tener y ampliar la tenencia, es la subordinación del hombre al aparato tecnológico y a la rueda de la abundancia.

El caso de la agricultura es relevante.

En una economía campesina el hombre del campo se identifica, se sumerge en los lazos familiares y en los lazos de la naturaleza que le impiden su realización como ser individual y libre. El objetivo económico familiar es la satisfacción de las

limitadas —recordemos el modelo de limitadas aspiraciones de los agricultores de Mellor— necesidades familiares. El campesino, identificado en su familia y en la tierra —ejemplo claro este de la fijación incestuosa para Erich Fromm— no puede dar el salto del «nosotros» al «yo». El amor del campesino por su tierra impide el desarrollo de un amor por el hombre, y en definitiva, la solidaridad humana.

El agricultor de un país desarrollado no está tampoco en una situación envidiable. En una faceta capitalista —en el caso comunista sería semejante sin más que substituir comisión planificadora por mercado—, el empresario agrario se integra como miembro de pleno derecho dentro del aparato cultural del capitalismo. En él, la institución monetaria ha creado la idolatría del dinero, la obligación inexcusable de obtener un beneficio de la explotación agraria, la dependencia total en el mercado como regulador de vidas y haciendas. Los juicios de valor imperantes son los implicados por las valoraciones pecuniarias, y las normas de conducta las derivadas del mercado y proceso tecnológico incasante por él impuesto. El agricultor deja de ser libre para dirigir su explotación. Su actividad queda obligada a adaptarse a los continuos cambios tecnológicos, debe aprender los nuevos métodos y nuevas variedades de cultivos, debe atender a las oscilaciones de los precios y programar su actuación en el sentido ordenado por el mercado. Queda atado, esclavo de la evolución incasante. Su yo deja de ser él mismo, con libertad y autonomía, para perderse en la rueda de la máquina capitalista que se genera y alimenta a sí misma.

¿Qué significa pues el desarrollo? si por tal entendemos el crecimiento del PNB, el desarrollo significa la eliminación del hambre y la pobreza y la creación de la zozobra y la prisa, el paso de la liberación del hombre a la esclavitud de la abundancia; el cambio de la calidad por la cantidad; la transformación de unas mentes que conocen el WHY a otras que conocen el HOW, que saben cómo hacer las cosas pero no el por qué y el para qué de las mismas.

El desarrollo supone pues un nuevo estilo de vida. Un estilo de vida que impone la racionalidad económica como modelo de conducta y la cuantificación en términos abstractos —monetarios como fin de la misma. Tal es el desarrollo que se vislumbra como más probable para gran parte del mundo menos avanzado materialmente. Tal desarrollo es el desarrollo que parecen proclamar y recomendar muchos autores y que se traduce y concreta, como dice Heilbrouner, en un proceso de Americanización sucesiva. Este estilo de vida estadounidense o «American way of life» es denominado por Toynbee el ideal de Madison Avenue y lo describe con las siguientes palabras: «En el Occidente moderno la función de demonio tentador está desempeñada, por lo que respecta a la sociedad, por las agencias publicitarias de Madison Avenue. Una parte notable de nuestros talentos, de nuestras energías, de nuestro tiempo y de nuestras posibili-

dades se emplea para convencernos a trabajar siempre más, para ganar el dinero necesario para comprar objetos que nunca habríamos pensado comprar si nadie nos hubiera puesto hábilmente tal idea en la cabeza.

El ideal de Madison Avenue no es sólo espiritualmente inaceptable sino también económicamente malsano. Una economía que para sobrevivir depende del estímulo artificial de las necesidades materiales tiene pocas probabilidades de subsistir por mucho tiempo, y no sería extraño que el régimen económico de Madison Avenue sucumbiera por descomposición interna antes incluso de que llegue a derrumbarse por motivos espirituales. La única base sana sobre la que se puede fundar una economía es la de satisfacer necesidades reales. Afortunadamente para las prósperas economías del mundo occidental, en el mundo de hoy no faltan necesidades reales. Las hay bastantes para hacer trabajar nuestra máquina económica a pleno régimen, aun cuando la automatización sea llevada al límite máximo consentido por nuestra enorme habilidad técnica » (1).

La crítica indica parece indicar que el desarrollo debería ser algo más, que su significación ética y humana debía ser superior; que el desarrollo debería ser un proceso dirigido a la abundancia humana esto es, a la realización o satisfacción de las potenciales individuales y sociales de ente humano. El reto pues a los que están sometidos los países subdesarrollados no es solo el del control de su actual o futuro aparato productivo y dirigirlo no según las leyes del mercado o del imperativo tecnológico sino al cumplimiento de las necesidades reales del ser humano.

(1) TOYNBEE, Arnold. *L'Express*. 10 de Agosto de 1961.